



Instituto Social León XIII
Centro para la Investigación y Difusión de la Doctrina Social de la Iglesia

ÁFRICA Y LOS NUEVOS ESCENARIOS DEL DESARROLLO HUMANO

Bloque II

Ponente
Gerardo González Calvo
Redactor-Jefe de Mundo Negro

VI Seminario – 2007
LOS NUEVOS ESCENARIOS DEL DESARROLLO HUMANO
Un Proyecto Global

En el 40 Aniversario de *Populorum Progressio*
y en el 20 de *Sollicitudo Rei Socialis*

Fundación Pablo VI
Facultad de CC.PP. y Sociología León XIII

ÁFRICA Y LOS NUEVOS ESCENARIOS DEL DESARROLLO HUMANO

Han pasado 123 años desde que se consumó el reparto de África en la Conferencia de Berlín y parece que todo sigue igual: el continente suscita las apetencias de los nuevos imperios, desde las viejas metrópolis europeas hasta las multinacionales y grandes potencias económicas como Estados Unidos, la India, Brasil y muy particularmente la China posmaoísta.

Dice Tomás Mestre, al final de la introducción a su libro *África como conflicto* (Cuadernos para el diálogo, Madrid, 1968): "Tal fue el mayor reparto del mundo desde el Tratado de Tordesillas, reparto que, entre otras cosas, se había efectuado para la defensa de los *intereses generales de la civilización*". Se refiere, naturalmente, al reparto que se hizo de África en la Conferencia de Berlín (1884-1885). En el primer párrafo dedicado al período colonial asegura: "Vimos cómo casi todas las potencias que se arrojaron sobre el continente africano, algunas a su pesar, lo hicieron para evitar verse excluidas de él o, de llegar tarde, situarse mal". Cita para avalar esta afirmación a dos reputados historiadores del momento: Roland Oliver y J. D. Fage (*Breve historia de África*) y Jean Baptiste Duroselle (*Europa de 1815 a nuestros días. Vida política y relaciones internacionales*).

Los libros de Oliver-Fage y de Duroselle son ya dos clásicos imprescindibles para entender el África negra del siglo XIX y parte del siglo XX. A ellos podría añadirse la magnífica obra de C. Coquery-Vidrovich y H. Moniot *África negra: de 1800 a nuestros días* (Editorial Labor, 1976). Me atrevo a decir que son los mejores sobre el tema, antes de la aparición del libro del historiador burkinés Joseph Ki-Zerbo: *Historia del África negra*. Ki-Zerbo falleció el 4 de diciembre de 2006.

Oliver y Fage aseguran que "el reparto de África fue esencialmente el resultado de la aparición, sobre el suelo africano, de una o dos potencias que no habían mostrado previamente interés por el continente. Fue precisamente esto lo que desequilibró la balanza de poder e influencia existente y provocó un estado de histeria internacional en el que todas las potencias se precipitaron para reclamar cierta soberanía política y regatearon apasionadamente entre sí por el reconocimiento en esta o aquella región".

Esta rebatiña de África, quizá no convenga olvidarlo, tuvo lugar pocas décadas después de que se aboliera la esclavitud. Quiero subrayar esta apreciación, porque algo similar sucedió en África después de la concesión de las independencias, entre 1957 (con la soberanía de Ghana de Kwame Nkrumah) y 1975 (con la soberanía de las colonias portuguesas, después de la llamada "revolución de los claveles", el 25 de abril de 1974). Esto supuso el final de la colonización pura y dura, y el epílogo – deseado o no– de los trapicheos colonialistas en la Conferencia de Berlín.

Deseo advertir de antemano que ni la abolición de la esclavitud supuso el fin de los sufrimientos y humillaciones de los africanos, ni las independencias les garantizaron un mayor bienestar. Quizá porque ninguna de estas actuaciones se hicieron, por parte de los poderes coloniales, para mayor beneficio de los africanos, sino para dar un rostro más humano, o menos irritante, a las relaciones de poder entre las metrópolis y los países africanos.

De la mano de obra esclava, se pasó a la explotación de los territorios, generando monocultivos y acelerando la extracción de minerales, que continuaron a partir de las independencias. Entre otros productos, el té, el algodón, el cacahuete y el cacao se convirtieron en productos básicos para la exportación. Y, con ellos, el cobre, el uranio, el cobalto, el oro, los diamantes... y más modernamente el petróleo y el coltan (acrónimo de columbio-tántalo).

Me queda pendiente un eslabón y voy a intentar engarzarlo. En Berlín, hubo una disputa por los territorios africanos: por razones imperialistas, pero también –y al mismo tiempo– por motivos comerciales. Volvió a aflorar esta disputa, de manera más sutil, cuando se promovió, al acabar la II Guerra Mundial, el derecho de los países colonizados a la autodeterminación. La Unión Soviética y Estados Unidos, dos países o superpotencias que no habían tenido parte en el reparto de África, volvieron sus ojos al continente, cuyo subsuelo albergaba un sinfín de minerales estratégicos, imprescindibles para dar un empuje a las nuevas tecnologías punta, fundamento del nuevo desarrollo industrial.

Cuando se fue a la conquista de África, a mediados del siglo XIX, se esgrimió el argumento de la “civilización”, porque en Europa se tenía la certeza de que civilización, como madres, no hay más que una, que era –faltaría más– la europea. Hoy se habla de “ayuda al desarrollo”, a veces de “solidaridad”. Son dos conceptos políticamente correctos, pero cargados en ocasiones de tanto cinismo como cuando antaño se hablaba de “civilización”. En cualquier caso, atufan a intervencionismo y a imposición. Porque la verdad es que, de nuevo, el continente africano es un gran objeto de deseo, ahora por los países industrializados, algunos de ellos –como Francia, Bélgica y Gran Bretaña– antiguas potencias colonizadoras. (Alemania, que jugó un papel decisivo en la Conferencia de Berlín, perdió sus colonias después de la I Guerra Mundial: Camerún, Namibia, Tanganica, Togo, Burundi y Ruanda). Pero se le han unido más pretendientes: Estados Unidos, directamente o a través de sus multinacionales; Rusia retoma el papel de la Unión Soviética, que penetró en África con el pretexto de luchar contra el imperialismo occidental (de ahí su influencia a través de Cuba: en Angola, Mozambique y la Etiopía de Meghistu Haile Mariam); la China económicamente neoliberal; Brasil; la India...

A propósito de luchas y de guerras: la mayoría de las que se han producido en el mundo después de la II Guerra Mundial, han tenido lugar en África. Y, particularmente, durante las dos últimas décadas, es decir, cuando el continente estaba ya descolonizado. Estas guerras no sólo han desestabilizado los países y causado decenas de miles de muertos –más de seis millones si contabilizamos tan sólo Sudán y la Región de los Grandes Lagos–, sino que han destruido la convivencia social, han empobrecido aún más a los ciudadanos y han contribuido en gran medida a la expansión del sida. Además, se han “comido” buena parte de los presupuestos nacionales, en detrimento de la escolarización, la sanidad y las infraestructuras necesarias para el desarrollo.

La presión china

La caída del Muro de Berlín, en el otoño de 1989, y el sucesivo desmoronamiento de la Europa del Este, con la Unión Soviética a la cabeza, aceleraron unos cambios radicales en el África negra. Fueron cambios esencialmente políticos, que propiciaron el abandono de los partidos únicos y de los regímenes militares para abrazar, con más o menos convicción, los sistemas pluripartidistas. Pero, a partir de ese momento, se aceleraron las prospecciones petroleras. Y entró otro país a disputar los recursos del continente: la China del posmaoísmo. Pekín (Beijing) apenas había influido en el África posindependiente, si exceptuamos la construcción del ferrocarril Tan-Zam (entre Zambia y Tanzania) y apoyos esporádicos y a veces contradictorios a los movimientos de liberación, como fue el caso de la ayuda a la UNITA (Unión para la Independencia Total de Angola) de Jonás Savimbi, a su vez sostenida por Sudáfrica y Estados Unidos.

Ningún dirigente del mundo ha visitado tantas veces tantos países africanos como el presidente chino Hu Jintao. Desde que dirige China, en 2003, ha visitado en tres ocasiones África: la última vez, nada menos que ocho países, a primeros del pasado mes de febrero (2007). Y no va precisamente a difundir aquella idea que lanzó Chu en Lai, en los años sesenta, de que "África ya está madura para la revolución". Va a firmar contratos económicos para garantizar el suministro de petróleo a China. Y, si para ello, hay que expulsar a los habitantes de las zonas donde mana el petróleo, se hace sin contemplaciones, como sucedió con los nuer en el sur de Sudán.

El volumen del comercio chino-africano alcanzó en 2004 los 29.467 millones de dólares, el 59 por ciento más que en 2003. En 2006, entre China y África, hubo unos intercambios comerciales de 40.600 millones de dólares, el 40 por ciento más que el año anterior. Y para rematar la apoteosis, los días 4 y 5 de noviembre de ese mismo año se celebró en Pekín el III Foro de Cooperación China-África. La presencia en la capital china de más de 41 jefes de Estado y de Gobierno africanos corroboró las excelentes relaciones que existen actualmente entre el gigante asiático y África.

Durante el encuentro en Pekín, se firmaron acuerdos comerciales y de inversión por valor de 1.900 millones de dólares, todos ellos para el desarrollo de diferentes sectores: ferrocarriles, redes eléctricas y telefónicas, puertos, escuelas, carreteras, hospitales, puentes, finanzas, tecnología... Uno de los sectores de mayor interés chino en el continente es el petrolero. Ya dije antes que China es el segundo consumidor mundial de petróleo; tiene que importar el 40 por ciento del oro negro que consume. En la actualidad, el 30 por ciento de ese petróleo viene de África. De hecho, consorcios petroleros chinos están presentes en Angola, Nigeria, Guinea Ecuatorial, R. D. de Congo, Santo Tomé y Príncipe, Gabón y Sudán. Pero no es oro negro todo lo que reluce. Según un informe de *Refugees International*, de junio de 2006, "China National Petroleum Corporation suministra tanques, aviones de combate, bombas, helicópteros, lanzagranadas, armas de fuego y municiones *made in China* al Ejército sudanés. Además, China ha establecido tres fábricas de armas en Sudán". Como buen amigo del régimen sudanés, China ha usado su estatus como miembro del Consejo de Seguridad con derecho a veto, para bloquear cualquier intento de iniciativa para frenar el genocidio de Darfur.

China en África no sólo busca materias primas y petróleo. También desea ampliar mercados para sus productos, que ya empiezan a invadir los países africanos: desde pilas, radios, relojes o barreños, a chanquetas, textiles, cuadernos o herramientas de labranza. Las voces más críticas subrayan que esta invasión de productos chinos está dañando a las incipientes industrias africanas. Y así se lo recordaron a Hu Jintao en Zambia y Sudáfrica el pasado mes de febrero. Los

sindicatos sudafricanos dieron una cifra escalofriante: se pierden 100.000 puestos de trabajo en las fábricas textiles y otras industrias por la ofensiva comercial china.

Está claro que China seguirá aludiendo a su política de “no injerencia en los asuntos internos de los países”, para poder seguir haciendo la vista gorda sobre los abusos, violaciones de derechos humanos e injusticias que cometen regímenes con los que mantiene excelentes relaciones, no sólo comerciales, sino estratégicas, como ocurre con Sudán, Angola, Zimbabue y Etiopía.

Tal vez impresionado por estos datos, el presidente de Rusia, Vladimir Putin, declaró el año pasado en Marruecos, durante su primera visita oficial a África: “Prácticamente todos los países del continente representan un enorme interés económico para Rusia”. Y puntualizó: “El continente africano es un excelente vector de nuestra expansión económica”. Durante su estancia en Sudáfrica, Putin prometió miles de millones de dólares de inversiones en este país.

El mismo coronel Gadafi ha animado a los libios a que vayan a “hacerse ricos” al África negra, abriendo farmacias, creando empresas, construyendo casas, haciéndose ganaderos, trabajando en las comunicaciones y expandiendo el Islam. Lo dijo en el 37 aniversario del derrocamiento de la monarquía libia, el 1 de septiembre de 2006: “Antes de que sea demasiado tarde, emigrad a África, que está a punto de llenarse de chinos, indios, bangladesíes y otros”. Para Gadafi, “África es Libia”.

No es de extrañar que el analista ghanés Yeboah Kebesi haya escrito recientemente lo siguiente: “Hoy los malayos construyen nuestros edificios públicos; los daneses y malayos manejan nuestros sistemas de comunicaciones; los chinos construyen nuestros estadios y centros nacionales de arte; los japoneses y alemanes construyen nuestras carreteras; los americanos y canadienses extraen nuestro oro. La mitad del mundo desarrollado construye nuestras escuelas y letrinas. A cambio, importamos su arroz, sus pollos, sus planchas de zinc para la construcción”.

El impacto de la globalización

Con estas actuaciones de penetración en África, me atrevo a afirmar que estamos asistiendo a la tercera colonización del continente. Es innegable que África ofrece hoy magníficas perspectivas económicas a países como China y la India. El mismo Banco Mundial publicó un informe en 2006 titulado *La ruta de la seda africana: nueva frontera económica para China y la India*. Según este informe, Asia recibe ya el 27 por ciento de las exportaciones africanas; en el año 2000, no pasaban del 14 por ciento. Petróleo, minerales y otras materias primas constituyen el 86 por ciento de estas exportaciones, según el Banco Mundial.

África es la madre nutricia de la mayoría de las materias primas que hay en el mundo y vuelve a interesar por lo que siempre atrajo a Occidente, y ahora también a Oriente: por sus recursos naturales. Estados Unidos, Europa, China, Brasil y la India van a lo suyo: a suministrarse de materias primas y a ampliar sus mercados en un continente que tiene ya 936 millones de habitantes, que serán 1.500 dentro de 25 años. Mientras tanto, las subvenciones americanas y europeas a sus agricultores son una de las causas del empobrecimiento de los países africanos, más concretamente de los sahelianos. Ésta es una de las manifestaciones más evidentes de la “tercera colonización de África”. Parecería una paradoja en un continente con 53 países soberanos y, por tanto, formalmente descolonizados. En realidad, los países africanos ni están descolonizados, ni son soberanos. Dicho de otra manera, son dependientes no sólo de las viejas metrópolis, sino de un orden

internacional injusto, basado en la explotación de materias primas a bajo precio para mantener el nivel de bienestar de los países industrializados. En estas reglas del juego se encierra el meollo del nuevo dominio y de la perversión de una globalización en sentido único.

Aparentemente, están cambiando muchas cosas en varios países africanos. Por ejemplo, en Chad, hasta hace poco extremadamente pobre o empobrecido, empieza a haber de todo: zapatos, camisas, medicamentos, cerveza europea, pantalones, agua mineral... Circulan coches que nunca se vieron en un país marginado. Igual sucede en Guinea Ecuatorial. Chad, la antigua colonia española y Mauritania son tres de los nuevos países africanos incorporados a la lista de países productores de petróleo. Su PIB (Producto Interior Bruto) ha subido al mismo ritmo que se extraen barriles del preciado oro negro. Poco antes que ellos llegó Sudán. Detrás vendrán otros muchos: desde el Sahara Occidental, hasta Santo Tomé y Príncipe, República Democrática de Congo, Costa de Marfil, Uganda...

Esta fiebre del petróleo ha sobrevenido al mismo tiempo que el interés de Estados Unidos y de China por África. No hay que ser muy perspicaz para atisbar una pugna soterrada entre Europa, China y Estados Unidos por controlar el mercado de las materias primas africanas. La explosión de conflictos en los Grandes Lagos y la crisis de Costa de Marfil –la niña bonita de París– son buena prueba de ello.

Existe en África una doble injerencia, política y económica, que está convirtiendo a los países africanos en meras sucursales del Norte. Las amarras son tan fuertes que cuando un dirigente intenta cortar alguna cuerda para liberarse de la presión, se encuentra inmediatamente con una revuelta bien organizada y armada hasta los dientes. Esto ocurrió en Congo-Brazzaville en 1997 y más recientemente en Costa de Marfil, en septiembre de 2002. Una mujer curtida en muchas batallas sociopolíticas, como Aminata Traoré, ex ministra maliense de Cultura y una de las fundadoras del Foro Social Africano, ha declarado que "a través de las instituciones financieras internacionales nuestros antiguos amos siguen decidiendo por nuestros pueblos, como en el pasado, con la diferencia de que nosotros ya no tenemos legitimidad para denunciarlos y condenarlos porque ahora pretendemos ser independientes. El voto que podría corregir tantas injusticias y aberraciones se ha convertido en una mascarada. Sólo se aprovechan de él los elegidos en las urnas, motivados por el control de los bienes públicos y de las instituciones para enriquecerse impunemente".

Aparte de esto, los países negroafricanos ni siquiera interesan para la implantación de empresas del Norte, en el actual proceso de deslocalización. Se implantan en países emergentes de Asia o en los antiguos países del Este, incorporados a la Unión Europea. Una vez más, África queda relegada a mera suministradora de materias primas. Y es que actualmente hay otro problema grave en África: la falta o escasez de recursos humanos.

La masiva emigración de africanos hacia Europa es algo más que un apéndice ineludible de la pobreza y de la desigualdad; es, sobre todo, la constatación de un fracaso y de un rapto. La actual evasión-huida hacia Europa es el síntoma de una derrota, en la que sucumben aspiraciones como el panafricanismo y la negritud, el mayor fermento de dignidad que se produjo en el África de entreguerras.

La Unión Europea y África

La solidaridad con el Tercer Mundo en general y con África en particular, consiste en favorecer un comercio justo, en acabar con la neocolonización económica y cultural, en poner fin a la depredación de recursos, que han sido la causa de las guerras más virulentas en países como Angola, Sierra Leona, Sudán y República Democrática de Congo. En estos países no se ha luchado por ninguna idea, ni por suplantar un poder despótico para mejorar la situación de los ciudadanos, sino pura y simplemente para controlar y explotar petróleo, oro y diamantes, casi siempre en conexión con empresas transnacionales que han suplantado a los propios Estados.

Podría y debería ser de otra manera. Veremos si es así. Antes de enero de 2008, la Unión Europea y las distintas regiones de África tienen que terminar las negociaciones sobre los llamados Acuerdos del Partenariado Económico (APE). Estos acuerdos afectan no sólo a África, sino a los 77 países miembros del grupo ACP (África, Caribe, Pacífico), que implican:

- la adopción progresiva del libre comercio de los productos europeos hacia África y el resto de los países ACP, hoy gravados con fuertes aranceles aduaneros;
- las ayudas a los países se reemplazarán por ayudas a regiones. Los ACP se han repartido en 6 zonas de libre cambio, de las que 4 son para África.

Contrariamente a los tratados precedentes entre la UE y los países ACP (Acuerdos de Lomé y de Cotonú), las APE serán firmadas entre la UE y los países en su conjunto, pero divididos en 6 zonas: una por el Caribe, una por el Pacífico y 4 por África. Éstos son los **cuatro grupos africanos**:

1. **CEDAO** (Comunidad Económica de Estados del Oeste de África) que agrupa a 16 países: Benín, Burkina Faso, Cabo Verde, Costa de Marfil, Gambia, Ghana, Guinea-Conakry, Guinea-Bissau, Liberia, Malí, Mauritania, Níger, Nigeria, Senegal, Sierra Leona y Togo.
2. **CEMAC** (Comunidad Económica y Monetaria de África Central) que agrupa a 7 países: Camerún, República Centroafricana, Congo, Gabón, Guinea Ecuatorial, Santo Tomé y Príncipe, y Chad.
3. **ESA** (Este y Sur de África) que agrupa 15 o 16 países: Burundi, República Democrática de Congo, Yibuti, Eritrea, Etiopía, Kenia, Madagascar, Malawi, Isla Mauricio, Ruanda, Seychelles, Sudán, Uganda, Zambia y Zimbabue.
4. **SADC** (Comunidad para el Desarrollo del África Austral) que agrupa a 8 países: Angola, Sudáfrica, Botsuana, Lesoto, Mozambique, Namibia, Suazilandia y Tanzania.

El Acuerdo de Cotonú, firmado en junio del año 2000, ha sido hasta ahora el último eslabón de una serie de acuerdos para los intercambios comerciales y de cooperación entre Europa y los países ACP.

El primero fue la Convención de Yaundé, firmada en 1963 en Yaundé, capital de Camerún, entre la entonces Comunidad Económica Europea (CEE) e inicialmente 18 ex colonias africanas, cuyas metrópolis eran Francia y Bélgica. El convenio fue la extensión del Fondo Europeo de Desarrollo, creado en 1957 por el Tratado de Roma. Este Fondo consistía en ayuda técnica y económica a los países o territorios con los que los integrantes de la CEE habían tenido vínculos históricos. Se

garantizaba de esta forma el suministro de materias primas agrícolas y mineras a la CEE y el acceso de los productos africanos a los mercados europeos.

El principal objetivo de los Acuerdos de Cotonú fue “mejorar las perspectivas de desarrollo socioeconómico de los países de África, del Caribe y del Pacífico” para erradicar la pobreza y promover el progreso de sus poblaciones. Se quiso dejar claro, desde el principio, que no se trataba de una estratagema por parte de la UE para conseguir ventajas comerciales en sus relaciones con ese grupo de países en vías de desarrollo. Sin embargo, algunos negociadores de los países ACP y muchas ONGs que trabajan en el campo de la cooperación internacional denuncian que la Comisión Europea está ahora más interesada en imponer una política de liberalización comercial sobre esas 77 naciones menos avanzadas que en facilitar el desarrollo económico que, al menos, les permita cubrir las necesidades básicas de sus habitantes.

Para algunos analistas, estos acuerdos forman parte de la guerra económica que se libra entre las grandes potencias: Estados Unidos, Japón, Unión Europea, China y Brasil para ampliar sus mercados. Para los críticos de la liberalización de la economía pura y dura, con estos nuevos acuerdos Europa quiere imponer su visión neoliberal de la economía. Así, los países africanos ya no tendrán derecho a gravar los productos que importan de la UE y los productos procedentes del exterior podrán competir libremente con los productos locales. Para los países africanos es una gran pérdida, porque estos gravámenes aseguran actualmente entre el 10 y el 60 por ciento de sus entradas anuales de divisas.

El sector agrícola

Un sector particularmente vulnerable en toda África subsahariana es el agrícola. La agricultura es un sector vital para África. Representa el 70 por ciento de la economía de los países africanos y es la principal fuente de divisas. La mayoría de la población depende directamente de los productos agrícolas para su subsistencia.

El mayor problema radica en la competencia desleal de las importaciones de los países del Norte, del que forma parte la UE. Las subvenciones a la exportación y las medidas de mantenimiento interno dispensadas por los países desarrollados para su sector de agricultura son los aspectos de mayor preocupación para los países ACP. De hecho, al apoyar con subvenciones la producción nacional y las exportaciones de los excedentes agrícolas, los Estados Unidos y la UE han impedido no solamente a los países ACP competir en sus mercados, sino crear una forma de competencia desleal para los productos ACP sobre sus propios mercados locales y regionales. Es anormal, por ejemplo, que el arroz importado cueste menos en África que el arroz producido en sus países.

Lo mismo sucede con el algodón. Así se expresaba el presidente de Burkina Faso, Blaise Compaoré, el 25 de octubre de 2006, en una conferencia sobre el algodón celebrada en Washington: “El algodón juega un papel determinante en el dispositivo estratégico de la lucha contra la pobreza en Benín, Burkina Faso, Malí y Chad. Representa una media del 6,5 del PNB y alrededor del 70 por ciento de las divisas por exportaciones agrícolas. Es la razón de ser y de vivir de 15 millones de

personas y contribuye al equilibrio socioeconómico de toda la región". Acto seguido, agradeció el compromiso de Estados Unidos de suprimir las subvenciones a la exportación de algodón y pidió a la Organización Mundial del Comercio que retome las negociaciones sobre este producto.

La situación actual

Los dos últimos decenios han mostrado un crecimiento importante de las exportaciones mundiales: alrededor de un 22 por ciento. África ha tenido el peor reparto entre los países en vías de desarrollo. Su porcentaje en las exportaciones mundiales ha caído de un 6 por ciento en 1980 a un 2 por ciento en la actualidad. Este declive se debe a varios factores:

1. La estructura del comercio internacional.
2. Las políticas comerciales africanas, durante los últimos veinte años, dependiendo de los Programas de Ajuste Estructural (PAE) impuestos por el Fondo Monetario Internacional. Los PAE han alentado a los países africanos a producir cada vez más productos agrícolas para la exportación y les han obligado a importar mercancías manufacturadas.
3. Unas exportaciones africanas poco diversificadas –en algunos países se exporta un solo producto– y sobre todo sin ninguna transformación, lo que las priva del valor añadido.
4. Los acuerdos comerciales internacionales fijan las cuotas, limitando así la exportación de algunos productos y los excedentes de otros.

Otra realidad preocupante para los países del África subsahariana es la excesiva dependencia de unos pocos productos para la exportación. Se trata, sobre todo, de materias primas sin ninguna transformación como el pescado, el cacao, el café, el té, la madera, los diamantes, etc. El presidente ugandés, Yoweri Museveni, lo explicó así, en 2005, en el Centro de Estudios de Política Internacional con sede en Washington: "Se suele decir que los gobiernos occidentales ayudan a África; la verdad es que África está ayudando a los países de Occidente; los donantes son los africanos... Se habla mucho de pobreza en África, pero África no es pobre; es muy rica en recursos naturales; el verdadero problema está en la exportación de materias primas". Y puso el siguiente ejemplo: "Si Uganda vende a Gran Bretaña un kilo de café no elaborado, ganamos un dólar; el mismo kilo, una vez elaborado, se podría vender a 10 u 11 dólares. Por eso, en cada kilo de café los ugandeses estamos regalando a los ingleses al menos 9 dólares".

Para la mayoría de estos productos, el precio no ha hecho más que bajar durante los últimos decenios a causa de la superproducción y por la falta de acuerdos internacionales sobre materias primas. El declive se percibe sobre todo en los 39 países de la ACP menos avanzados (PMA), cuyas exportaciones hacia la UE han caído en los últimos años: el 17 por ciento de 2002 a 2003.

La cuestión de fondo, si de verdad se quiere un mundo sin pobreza, no es la ayuda, sino una mayor equidad en el comercio internacional. La primera ministra de Mozambique, Luisa Dias Diogo, lo dijo con palabras meridianas en la conferencia anual del Partido Laborista, celebrado en Brighton (Gran Bretaña) a últimos de septiembre de 2005: "Ningún país está destinado a ser pobre. El mundo tiene los conocimientos, la tecnología y los medios para acabar con la pobreza. Lo que falta es la voluntad de actuar... No estamos pidiendo la caridad internacional, sino, mediante la asistencia y un sistema comercial mundial más honesto, pedimos sólo la oportunidad de ser socios iguales en un mundo próspero y justo". En el II

Encuentro España-África “Mujeres por un mundo mejor”, en el que participó también Luisa Dias Diogo, las mujeres africanas hablaron ampliamente de este mismo problema. Este encuentro se celebró los días 7 y 8 de este mes de marzo en Madrid, y en él participaron alrededor de 500 mujeres de 45 países africanos.

Qué salidas

África es probablemente el continente más rico del mundo. Le sobran recursos y dinero no sólo para acabar con el hambre y las pandemias de sida, tuberculosis y malaria, sino también para que la gran mayoría de sus habitantes puedan vivir con holgura y decencia. Bastaría con los ingresos generados por el petróleo y otras materias primas, como oro, diamantes, coltan, cromo, cobalto... Sigue siendo el menos explotado, a pesar de la voracidad de los países colonizadores y, más modernamente, de las multinacionales, de las antiguas metrópolis y de las grandes potencias. Pero padece una gravísima carencia: **recursos humanos**.

La mayoría de los actuales dirigentes africanos carecen de ideas y de proyectos económicos y sociales que tengan como objetivo el bienestar de los ciudadanos. Están en el poder para medrar y enriquecerse hasta límites que rondan la indecencia, sobre todo si se compara con el nivel de vida de sus compatriotas. Se va afianzando el poder económico de una minoría, instalada en los aledaños del poder, que fagocita los recursos con voracidad mobutista. Según la Unión Africana, África pierde al año, debido a la corrupción, 117.000 millones de euros. Este dinero se refugia en bancos extranjeros o está a buen recaudo en paraísos fiscales.

A esta “**emigración**” del dinero africano nadie le impone severos controles de vigilancia en las costas africanas; tampoco les obligan a repatriarse. Circulan libremente, aunque llevan encima el marchamo inconfundible de la irregularidad. Si no se corta este flujo de dinero negro –permítaseme en este caso la expresión–, los nuevos “petrolíderes” seguirán desangrando las economías de sus países.

Otro éxodo masivo de negroafricanos no regulado es el de los intelectuales. Más de 300.000 titulados superiores se encuentran fuera de África. Se calcula que, desde 1990, África ha perdido unos 20.000 profesionales al año. Es especialmente grave en el caso de médicos, que trabajan sobre todo en Gran Bretaña, Estados Unidos, Australia, Francia y Alemania, cuando los países africanos tienen una gran carencia sanitaria. Proceden en gran parte de Etiopía, Argelia, Nigeria, Ghana y Sudáfrica.

Además, esta fuga de cerebros le cuesta a África unos 4.000 millones de dólares al año, el dinero que se tiene que pagar a unos 100.000 profesionales extranjeros, sobre todo en el sector sanitario. Además, enfermedades como la malaria y el sida suponen una sangría económica. El 90 por ciento de las muertes por paludismo tienen lugar en África. Según la Organización Mundial de la Salud (OMS), el sida, la tuberculosis y la malaria reducen cada año el crecimiento del PIB africano en un 1,3 por ciento. Sólo la malaria supone la pérdida de 12.000 millones de dólares al año.

Nos preguntábamos qué salidas hay para África. Sobre el papel, las cosas están muy claras dentro del marco de la Unión Africana: buen gobierno, impulso de la democracia y respeto de los derechos humanos. Para ello, los países africanos tienen que recuperar su soberanía política y económica, estrechar los lazos interregionales, dar más peso al protagonismo de la mujer –que es la gran artífice de la economía informal– y potenciar la participación de la sociedad civil. De lo

contrario, se seguirá agrandando el foso entre los dirigentes y los ciudadanos: aquéllos cada vez más ricos y éstos cada vez más pobres, oprimidos e indefensos.

A modo de síntesis, he aquí **algunas consideraciones globales**:

1. Los países africanos tienen que tomar las riendas de sus propios recursos, para explotarlos, aunque sea con la cooperación de compañías internacionales, en beneficio de la población.
2. Los gobiernos tienen que impedir la sangría de sus recursos forestales, cuya explotación salvaje está provocando lo que Lloy Timberlake ha llamado la “bancarrota ambiental”.
3. Hay que conseguir una progresiva e intensa potabilización del agua. Muchas enfermedades endémicas en África están relacionadas directamente con la falta de agua potable.
4. Es preciso poner fin, cuanto antes, a las guerras y a los conflictos más o menos virulentos que asuelan todavía hoy a varios países africanos.
5. Es preciso frenar la venta de armas, cuyo comercio, a cambio muchas veces de diamantes o de petróleo, está fomentando conflictos e impidiendo que se aceleren los procesos de paz.
6. Hay que apoyar con decisión los procesos democráticos en África, puestos en marcha con gran esperanza después de la caída del Muro de Berlín. Las dictaduras y los partidos únicos empobrecieron a los pueblos africanos, fomentaron el nepotismo y la corrupción y violaron sistemáticamente los derechos humanos.
7. Tiene que haber una mayor participación de la sociedad civil a la hora de marcar los objetivos políticos y económicos. Existe hoy una distancia abismal entre la clase dirigente africana y los ciudadanos. Las distintas organizaciones civiles, las ONGs para el desarrollo y las agrupaciones defensoras e impulsoras de los derechos humanos tienen una gran tarea que desempeñar.
8. Hay que cambiar las reglas del comercio internacional. Las políticas de ajuste estructural, impulsadas por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, han resultado un rotundo fracaso en casi todos los países obligados adoptar su aplicación.
9. Es preciso cambiar la política de las ayudas bilaterales o multilaterales, que han beneficiado hasta ahora sobre todo a los países donantes, sumiendo a los países africanos en una mayor pobreza.
10. Hay que condonar totalmente la deuda externa africana, el continente más endeudado del mundo. Esta sangría de divisas impide atender sectores básicos necesitados de grandes inversiones, como la sanidad, la agricultura y la enseñanza.
11. La mujer africana debe desempeñar un papel más activo en la toma de decisiones de las políticas económicas, al menos proporcional al peso que tiene en la economía, formal o informal, en la mayoría de los países africanos. Tanto en los microcréditos –ese magnífico instrumento de promoción económica puesto en marcha por Muhammad Yunus en 1976– como en otras actividades ligadas al desarrollo, la mujer africana es un pilar insustituible. Pero se le niega el acceso a los grandes proyectos económicos de los Estados. Es muy probable que si las mujeres africanas hicieran una

huelga de brazos caídos, se paralizaría el comercio interno en la mayoría de los países africanos y se generalizaría aún más el hambre.

12. Hay que recuperar cuanto antes a los más de 300.000 intelectuales y científicos africanos que viven fuera de África. Esta fuga de cerebros está beneficiando a Occidente, pero está causando un daño irreparable a sus países de procedencia.
13. Es preciso eliminar el azote de enfermedades endémicas, como la malaria, y otras pandemias como el sida. La esperanza de vida de los africanos está descendiendo a niveles preocupantes, debido en parte a esta enfermedad. Esto tiene una incidencia nefasta sobre el desarrollo, porque afecta a grupos de población entre los 20 y los 35 años.